

II PREMIO LITERARIO TAURINO ***AÑO 2011***



PEÑA TAURINA “MANUEL VIDRIÉ” **DE TORRELAGUNA (MADRID)**



Edición especial de 2.000 ejemplares realizada por la Real Federación Taurina de España, con autorización de la Peña Taurina “Manuel Vidrié”.



**Con la colaboración
del
Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid**

PRIMER PREMIO



EL PETO

AUTOR: D. JOSÉ REYES TORREJÓN



Temblaban los alamares bajo el sol ardiente de la tarde. Al cobijo de una escueta sombra que se orillaba en un extremo del patio de caballos, los miembros de las cuadrillas apuraban con inconsciente avidez el humo amargo y cansado de sus cigarros postreros. De pronto, un tumulto arrollador de estruendo equino alborotó de agropecuaria rusticidad la estancia relajada de los toreros. Redoblaba con espontaneidad una profusión de apresuradas pezuñas sobre el pavimento, chirriaban súbitos relinchos de pavor y nerviosismo de esos animales que ya intuyen lo que les espera y una refriega permanente de bridas, riendas y guarnicionerías rompía de manera definitiva la espera tensa y sosegada de la tarde de toros. Un intenso olor a boñiga, a paja y a correajes parecía proclamar un acotado y efímero triunfo del campo sobre la ciudad. A medida que los espesos minutos avanzaban, el dinamismo carmesí de múltiples monosabios iba agitando de movimiento el soleado patio de caballos. Inmersos en un proceder mecánico y resuelto, preparaban las cabalgaduras, trasladaban a los jamelgos y atendían con extremo detalle y premura todo aquello en que fuesen requeridos.

En medio de tanto ajeteo, de tanto frenesí y celeridad, sorprendía la imagen pausada y solemne que ofrecían los picadores. Aupados a lomos de los jacos, trotaban con lentitud y cuidado por el rectangular perímetro del patio, a la vez que tranquilizaban con sus voces y caricias el nervio y la congoja de sus monturas. Ataviados con sus chaquetillas de un abigarrado y profuso oro bordado, cubiertos con los señoriales castoreños de anchas alas, asían con despaciosidad y cuidado las varas disponibles. Mientras las

empuñaban con decisión y simulaban su manejo, calibraban el peso de cada una de ellas y seleccionaban aquellas que mejor se ajustaran a la propia envergadura y que consideraran más idóneas para la lidia. Embutidas sus piernas derechas en esas escayolas metálicas que son las monas, su caminar se verificaba dificultoso, su tracción parecía pesada y hasta cómica, delatando por anticipado una manifiesta imposibilidad para, llegado el caso, resolver por sus propios pies una apurada papeleta ante la cara del toro.

Parpadeaba el dorado añejo en las escuetas chaquetillas de los varilargueros, y lo hacía con tal insistencia y limpio resplandor, que hasta pareciera un guiño de áuricos siglos de tauromaquia, aquellos en que los picadores constituían un elemento fundamental en la fiesta, en los que eran tan protagonistas o más que los propios matadores. Tal vez por eso, resultara tan sugerente el trémulo aletear del oro en su indumentaria, quizás por eso los múltiples guiños dorados de su chaquetilla se iluminaran con inquieta intermitencia de una manera especial. Como una reminiscencia luminosa de un pasado de esplendor.

Ataviado a esa vieja usanza que dictan los clásicos cánones del toreo se encontraba El Sarmiento. De morena tez y poderosa anatomía, su rostro aparecía enmarcado por dos generosas patillas de hacha, que otorgaban a su semblante un solemne aire de autoridad y de caduca elegancia. Sus manos, grandes y sobrias, agarraban las riendas de un noble caballo tordo, al que conducía suavemente, con majestuosidad y mimo, por el patio de caballos.

Era el veterano Sarmiento el más reputado picador que había en aquellos años. Lucía gustoso el oro de sus alamares, con el orgullo

propio del que es conocedor de la gloriosa historia de su profesión. Un legado que se remonta a los mismos orígenes de la tauromaquia, cuando los picadores aparecían anunciados en los carteles junto a los matadores y eran conocidos y admirados por los aficionados. Sabía El Sarmiento que ese oro que reluce en su chaquetilla es un honorífico vestigio de la celebridad ostentada por sus antecesores en el oficio. Tiempos dorados que tanto idealizaba y a los que consideraba como el periodo más genuino y puro que haya vivido la fiesta. La existencia de El Sarmiento estaba volcada de lleno a su profesión, a la que tanto amaba y tanto respetaba, y en la que se sentía heredero del prolijo capítulo de épicas y leyendas atribuidas a sus predecesores.

Se vivían los momentos previos a la corrida y El Sarmiento preparaba con despaciosidad y pericia su montura, al tiempo que dialogaba con no menos pausa y solemne magisterio con sus compañeros más jóvenes. Éstos solían pedirle consejo sobre el correcto proceder en la ejecución de las suertes y el veterano varilarguero correspondía con extensas y certeras peroratas, en las que dejaba constancia de sus profusos conocimientos y del alto doctorado alcanzado en el oficio. Solía recalcar El Sarmiento la extrema dificultad que entrañaba la actividad de picar los toros, en la que, aseguraba una y otra vez, sólo podría dominarla aquél que poseyera una inmensa afición y unas innatas actitudes vocacionales. Un joven monosabio, entregado admirador del consumado maestro, le preguntó sin rodeos:

-¿Qué hace falta para llegar a ser tan buen picador como usted?-

El Sarmiento fijó su mirada en el chaval y quedó unos instantes pensativo, como sorprendido de la profundidad que encerraba la pregunta. O tal vez ocurriera que nunca se había planteado de manera tan directa esa cuestión. Pero en seguida respondió:

-Para ser un buen picador se necesitan tres cosas: valor, afición y hambre. Y las puedes poner en el orden que quieras, pero que no te falte ninguna.-

Otros picadores más jóvenes, varios monosabios y hasta algún arenero se empezaron a arremolinar en torno a la figura casi mítica de El Sarmiento. Todos querían empaparse de las lecciones que impartía, del docto magisterio tan singular que emanaba de sus palabras. Además, era de sobra conocido que cuando hablaba El Sarmiento sabía de lo que hablaba y que cuando se arrancaba a hacerlo ya nadie lo podía callar.

Cuestionado por otro elemento de su espontáneo auditorio sobre determinados matices técnicos de su actividad, el veterano picador dio rienda suelta a su explicación hasta el punto de convertir la respuesta en una de sus habituales clases doctorales:

-Los picadores confían toda su suerte en las habilidades adquiridas como jinetes, en la doma proverbial de los caballos. Por eso debéis saber una cosa que os voy a decir y que nunca podréis olvidar: para ejecutar cualquier suerte con pulcritud y pureza y para salir airoso de cualquier situación comprometida es necesario aprender a manejar con habilidad las extremidades izquierdas del cuerpo. Con la pierna izquierda se domina la espuela y con la mano izquierda se sujetan las riendas y se conduce al caballo.-

Y, ya lanzado, encadenaba un rosario de interrogaciones retóricas con sus correspondientes respuestas:

-Que os quede grabado esta afirmación: Picar es torear. ¿Dónde está la verdad del toreo a pie? En el toreo con la mano izquierda, en el toreo al natural. ¿Dónde está la verdad, entonces, del toreo a caballo? Pues también en la mano izquierda. ¿Cuál es el toreo puro en un matador? El que echa los engaños por delante. ¿Cuál es el picador que ejecuta las suertes con pureza? El que echa la vara por delante y es capaz de parar y picar al toro antes de que tope con el caballo.-

Éstas y otras disquisiciones parecidas las explicaba Sarmiento a viva voz y, como ocurría en muchas ocasiones, sin necesidad de que nadie le preguntara por ellas. Como un acto de autoafirmación de su autoridad en el oficio, aprovechaba los momentos previos de los festejos importantes para proclamar sentencias definitivas y doctorales. Hablaba el veterano Sarmiento y sentaba cátedra. Todos los compañeros asumían su sapiencia, su maestría, a todos convencía la rotundidad de sus proclamas. Porque Curro Astorga "El Sarmiento" constituía toda una celebridad en el mundo de los picadores. Aclamado por la afición, respetado por sus compañeros, sus reiteradas hazañas y su destreza demostrada lo convertían en uno de los varilargueros de mayor prestigio y fama.

Esa tarde en Aranjuez, Domingo de Resurrección, con la plaza llena hasta a la bandera de un público festivo y expectante, no podía ser una excepción.

-¿No se ha enterado usted, Sarmiento, la personalidad que viene hoy a ver la corrida?, -preguntaba el mozo de espadas del matador sin disimular su avidez en dar la noticia.

- No, no lo sé Antonio, ¿quién es esa persona tan importante que viene?-

-Pues el que más manda hoy en día en toda España, el general Miguel Primo de Rivera en persona, ni más ni menos.-

Sarmiento acogió tan especiales nuevas de su compañero con el desdén y altanería propia del que se siente de vuelta de todas las circunstancias y del que ha superado ya todo tipo de situaciones. Por lo que su compañero le insistió.

-A ver si tiene suerte y es usted capaz de lucirse y cuajar una suerte de varas como sólo usted es capaz de hacerlo, Sarmiento, que hoy es el día, que hoy viene gente importante de todas partes. Porque me han dicho han venido hasta políticos del extranjero-

-Se hará lo que se pueda, Antonio, se hará lo que se pueda.-

Evasiva y hasta enigmática sentencia que quizás tomara prestada El Sarmiento del legendario espada trianero, cuando éste contestó con tan surrealista frase al célebre escritor Don Ramón María del Valle-Inclán, que le había sugerido que la única gloria que le quedaba por alcanzar como torero era la de morir en la plaza entre las astas de un toro. O tal vez fuera el mismo "Pasma de Triana", tiempo después, el que tomara prestada la original respuesta de El Sarmiento.

Hablaba Sarmiento y lo hacía con la solemnidad distante que caracteriza a los que regalan sentencias, al tiempo que su mirada permanecía atenta a las reacciones de su caballo, al que movía con

parsimonia de un lado a otro y le acariciaba en el cuello mediante golpes cariñosos de amable complicidad.

-Han dicho los banderilleros que los pavos de Concha y Sierra vienen fuertes, que hay un berrendo y dos coloraos con las cabezas como perchas,- le advirtió con evidente preocupación el mozo de espadas.

-No me asusta. Cuanto más astifinos sean los toros, mejor. Cuanto más bravos, mejor. ¿O es que los picadores, que hemos aprendido el oficio a base de palos, nos vamos asustar ahora de los toros? ¿Te has creído que he venido hasta aquí para picar ovejitas inofensivas? Además, los varilargueros ya no corremos el mismo riesgo que antes. Hace tres o cuatro décadas, cuando los toros eran fuertes y poderosos y los públicos exigentes, sí que era comprometido meterse a picador. Pero hoy en día es una tarea fácil. Al menos para aquél que sea buen jinete y que posea el suficiente valor. Para ese, picar hoy es casi pan comido.-

-¿Cómo dice usted eso, con lo difícil que es picar bien? Y cuando digo picar bien me refiero a lo que yo sé que usted entiende como tal, proteger al caballo de las cornadas y, al mismo tiempo, acertar en todo lo alto sobre esa diana en movimiento que es el toro.-

-Mira Antonio, desde que pusieron esa raya en el ruedo que no podemos traspasar, el riesgo de las costaladas se ha reducido casi por entero. Sin embargo, en cuanto traspasamos un milímetro esa maldita raya, los públicos nos abroncan. Sólo porque ahora lo dice el dichoso reglamento. El reglamento está para los que no saben de toros y cada vez quedan menos aficionados que de verdad entiendan de qué va esto. Sólo los malos picadores no salían nunca

de las tablas, porque lo difícil y arriesgado consistía en salir a los medios en busca del toro manso y resabiado. Allí no teníamos defensa, todas las ventajas las tenía el toro y las lesiones que sufríamos eran tremendas.-

Hacía referencia El Sarmiento a la primera raya que se pintó en los ruedos, según dictaminaba el reciente Reglamento aprobado en 1917, y que suponía un límite de prudencia para evitar las tremendas costaladas que se llevaban los picadores cuando tenían que salir a los medios en busca de los toros reservones y emplazados. Sólo un grupo reducido de varilargueros, entre los que, cómo no, se encontraba El Sarmiento, se había opuesto a esa medida de protección. Medida que había sido solicitada, primero, y bien aceptada, después, por casi la totalidad de los picadores. Pero quedaban algunos que se tomaron aquello como una afrenta a su dignidad profesional pues consideraban que aquellos que, por exigencia de la lidia, no fueran capaces de alejarse de las tablas no se podrían calificar como buenos profesionales. Además, con los caballos indefensos de entonces, la suerte de varas se solía ejecutar de manera dispar y el brutal encuentro entre el équido y el bóvido, la mayoría de las veces, se saldaba con un derribo aparatoso. Respecto a este asunto de las caídas, tan frecuentes y descomunales, de los jinetes, continuó en su disertación El Sarmiento:

- Me he enterado que mucha gente piensa que los picadores no somos hombres de carne y hueso sino que somos de goma. Como nos ven caer una y otra vez sobre el duro de los alberos e incorporarnos de inmediato, para volver a montar y volvernos a

caer, pues pensarán que no sufrimos ni padecemos. Pero nada más alejado de la realidad. Lo que pasa es que nos sobra la afición y el amor propio para volver a la cara del toro, por muy grande que haya sido el testarazo. Conozco a muchos compañeros que, una vez retirados, han perdido por completo la memoria o han acabado sonados debido a los muchísimos golpes y lesiones acumuladas durante todos los años en que ejercieron la profesión. Yo mismo, me vi obligado a permanecer una temporada sin poder montar a caballo por la paliza que me dio un cárdeno de Veragua en Madrid. Aunque peor fue lo de El Camero, el picador de confianza de Joselito, el mejor que yo he visto picar después de El Agujetas, que se dio un golpe tan fuerte contra el suelo que, estando ya retirado, todavía le salía el humo del tabaco, cuando fumaba, por una brecha de la frente...-

Y así hubiera seguido El Sarmiento con sus disquisiciones verídicas, hiperbólicas o inventadas, si un agudo toque de clarín no hubiera traspasado con sus punzantes notas de hielo el cálido aire de la tarde.

Era un soleado y placentero domingo de Resurrección. Dormida la fiesta durante meses, la magia transformadora de ese día tan señalado proclamaba en lo taurino el advenimiento definitivo de una nueva temporada. Esa tarde en Aranjuez, como en tantísimos puntos de España, palpitaría ese renovado eco, misterioso y ancestral, de grandezas y sangres pasadas. Y arderían las cinco en punto de la tarde, como un acorde puntiagudo, en el latir acelerado de los toreros. Náufragos entre alamares, recargados de anacrónicas elegancias, volverían a sentir la agitada soledad del patio de

caballos, con su persistente olor a cuadra, a campo y a correaes. Vendrían de visitar la capilla, de penetrante silencio con sabor a cera, de donde saldrían inundados de ese recogimiento parpadeante y dorado que dan las velas. En ese momento intenso y finísimo que hermana a los toreros, sus caras circunspectas, ausentes y trágicas asomarían su severidad por encima de cromados corbatines. Y afilarían sus miradas, casi sin querer, en ese espeso bosque gris de los tendidos, salpicado con las múltiples pinceladas claras de los rostros. Mientras aquellos momentos lentísimos de expectación y zozobra afligían el corazón férreo de los toreros, el sol risueño de la tarde proclamaba, indiferente y ajeno, sus atávicos oros en la arena. Como caídos de otro siglo, como dos personajes descolgados de un cuadro de Tiziano o de Velázquez, con su excelsa profusión de anacrónicas golas, valonas y tafetanes, la pareja de alguacillos irrumpió en el ruedo para que festejo diese comienzo.

En un instante queda organizado el orden exacto del paseíllo, con los matadores abriendo el cortejo, seguidos por el peonaje de a pie y a continuación la ristra de varilargueros a lomos de caballos desnudos, sin vestimenta alguna que los protegieran del acometer inmediato del toro. Caballos de raza española, équidos ligeros, nerviosos, huesudos, musculados, domados ex profeso para las terribles lides de la tauromaquia. Entre todos ellos destacaba la pose relajada que desplegaba El Sarmiento, sentado con rectitud y muy derecho a lomos de un bello ejemplar tordo, un tordo en fase todavía blanca, al que dirigía con extrema suavidad desde unas manos recias y seguras. Una vez saludado, castoreño en mano, al palco presidencial, volvió al patio de caballos tras circunvalar

lentamente la mitad del ruedo con la barrera siempre a su derecha. Mientras aguardaba su turno para intervenir, quedó El Sarmiento apostado junto a la misma puerta del patio sin apearse del equino, desde cuya altura quedó contemplando, entre ensimismado y absorto, ese inquietante umbral de incertidumbres, esa boca de sombras que es la puerta de chiqueros. Boca de la que iban a surgir de inmediato seis soplidos que herirían la tarde, seis naipes de un juego imprevisible, seis miedos vestidos de azabache, seis noches de plenilunio ciego.

Acumulación de imágenes que, de una manera ambigua, implícita, casi etérea, se agolpaban en la mente del picador, en esos momentos espesos en que el tiempo se amontona y se perfila ya inminente su encuentro con el enemigo en el ruedo.

Mientras esperaba su turno para intervenir en el segundo astado de la suelta, observó desde el callejón la salida impetuosa del primer toro a la arena, que pareció iluminar la plaza con la emotiva explosión de su presencia. Fue un visto y no visto. Nada más pisar el albero, fijó el burel su mirada en el caballo, que lo esperado plantado en el redondel, y lo acometió de tal manera que el jinete salió despedido por los aires y el pobre jamelgo quedó destripado y muerto al instante. Brutal episodio que tantas veces se repetía en casi todas las corridas, pues era costumbre que caballo y picador aguardaran parados en el ruedo la salida de los chiqueros del toro. Circunstancia que originaba brutales encontronazos de los que jinete y montura solían salir muy mal parados.

Tal como ordenaba el reciente Reglamento aprobado en 1924, con el objeto de evitar en la medida de lo posible la contemplación de

escenas desagradables en los festejos, una vez apartado el cornúpeto de los terrenos en los que se había verificado tan raudalid, se procedió a cubrir al caballo yacente con una lona. Que el público, siempre predispuesto a no llamar a las cosas por su nombre, había apodado con el término distendido y pluvial de "gabardina".

La fatalidad ya estaba consumada. Cuando ese primer toro de la tarde corneó al caballo y las vísceras de éste salieron disparadas, aquellas tomaron una dirección tan funesta que el propio general Primo de Rivera y su séquito de distinguidos invitados extranjeros que presenciaban la corrida desde localidades de barrera, quedaron sorprendidos e impregnados por tan desagradables sustancias. Víctimas del público menoscabo, malolientes y mal humorados, abandonaron el coso de inmediato y se marcharon despavoridos con la intención resuelta de no volver a pisar nunca más una plaza de toros. Al menos mientras se mantuvieran vigentes las mismas condiciones del espectáculo.

Y la verdad es que fue una pena que el general no presenciara la extraordinaria actuación de El Sarmiento frente al poderoso berrendo que salió en segundo lugar. Llevó a cabo toda una demostración de la depurada técnica que atesoraba cuando detuvo la arrancada de su oponente y defendió con solvencia la montura. Apostado junto a tablas, su mano izquierda condujo al caballo hacia el pitón contrario del toro, avanzó por derecho, sin cuartear, en abierto desafío a la encendida casta del de Concha y Sierra.

Para ello necesitaba un compañero, como su caballo tordo, que fuera ágil, ligero, dúctil a la mano del picador, que en todo momento

ejecutase lo que el jinete le ordenara sin acobardarse ni coger resabios.

Una vez arrancado el toro con toda la violencia que le dicta su raza, Sarmiento, como mandan los cánones de los buenos picadores, soltó vara para detenerlo antes de que arremetiera contra el caballo. Ya en jurisdicción, el burel apretó con denuedo metiendo los riñones con fuerza, hasta el punto de colocar a la cabalgadura en situación comprometida. A pesar de ello, Sarmiento, aferrada su mano izquierda a las riendas, pudo aguantar las impetuosas acometidas de la res hasta que consiguió no ser derribado. Hubo un momento de la enconada pelea en que el picador se encontraba de pie, a cuerpo descubierto, sobre los estribos, al tiempo que cargaba todo su peso sobre la puya, como si su propio cuerpo y su puya constituyeran una prolongación del mismo equino. Al cabo, después de tan sobrecogedores momentos, Sarmiento consiguió lo que pretendía, salvar al caballo y castigar al toro con un puyazo colocado en todo lo alto del morrillo.

Una voz se oyó entonces del tendido: -¡Esto sí que es torear a caballo! ¡Vivan los buenos picadores!-

El Sarmiento había cosechado un triunfo clamoroso. Tras dar muerte el matador a ese encastado berrendo de una fabulosa estocada en la gallarda suerte de recibir y obtener también un éxito rotundo, invitó a su picador a que lo acompañara en la apoteósica vuelta al ruedo. El público vitoreaba a ambos mientras sonaba la música en su honor. Porque buena parte de los públicos de aquella segunda década del siglo XX todavía otorgaba una importancia fundamental a la suerte de varas, en la que medían la capacidad del picador y el

grado de casta y poder demostrados por el toro. Un primer tercio que suponía, aún, el eje básico sobre el que giraba toda la lidia.

Porque, aunque hoy día parezca imposible, en la época en que los caballos de picar aún no llevaban petos, la suerte de varas se ejecutaba muchas tardes con tal pulcritud y destreza que hacía posible ahormar y castigar a toros muy agresivos mientras los caballos salían de ella sin resultar heridos. Pero para que ello sucediese era necesaria que la suerte fuera ejecutada por varilargueros de la talla de El Sarmiento o de la de sus más célebres predecesores como Agujetas, Camero, Badila, Zurito...

La densa historia del vetusto coso de Aranjuez pareció estremecerse con el aroma hechizante de la tarde y con el palpitante crujir de unos tendidos emocionados.

Caída ya la tarde, a esa hora en que las sombras oriundas del poniente multiplican por momentos su presencia y en que las mulillas estampan su postrera y definitiva rúbrica sobre el lienzo amarillo del albero, flotaba en el ambiente esa plenitud singular que sólo puede generar el milagro, medio real, medio mágico, de haber disfrutado de una gran corrida de toros.

Al día siguiente de los festejos era costumbre que los miembros más alfabetizados de las cuadrillas dieran un repaso lector a la prensa de la jornada, con el objeto de recabar la valoración que de los espadas habían realizado los más famosos cronistas taurinos del momento. Antonio, el mozo de espadas, junto a otros compañeros, ojearon con especial interés los periódicos de ese día para comprobar el análisis escrito de tan magnífico espectáculo y, sobre todo, si la gesta épica

de El Sarmiento aparecía reflejada y ensalzada como su grandeza merecía.

Pero la decepción que se llevaron fue tan inesperada como mayúscula. Los grandes titulares de las páginas dedicadas a la información taurina recogían sin excepción: "El general Primo de Rivera ordena crear una comisión con el fin de reformar la suerte de varas". Más adelante, el texto que desglosaba el titular era ya bastante explícito respecto a las verdaderas intenciones de esa reforma. Se pretendía con ella encontrar la opción más viable para que los caballos salieran al ruedo cubiertos con unos petos que impidieran que se volviera a repetir lo que tristemente acontecía en tantas plazas y, de forma más concreta y reciente, lo sucedido en la plaza de Aranjuez. En la que altos dignatarios de otros países vieron interrumpida su placentera jornada lúdica, de manera tan brusca, tan repentina y tan desagradable como se ha comentado, y en la que gozaron de una inesperada experiencia personal por la que tuvieron la oportunidad de ver, oír, tectar, oler y hasta degustar el aspecto más descarnado, violento y escatológico de la tauromaquia. Una tauromaquia que identificaban con España, por lo que poco positivo podrían esperar de un país que tanto gozaba y se recreaba con espectáculos en los que sucedían escenas tan sangrientas y desagradables.

La posible reforma de la suerte de varas no sentó nada mal en el mundo de la torería en general porque se consideraba que, de llevarse a efecto, se evitarían tantos episodios espeluznantes en los ruedos y permitiría que los toros pudieran ser castigados con mayor contundencia y facilidad por los picadores. Lo que redundaría en

beneficio del espada, que, al fin y al cabo, era el que necesitaba triunfar y por cuyo reclamo llenaba los tendidos la afición. Atrás habían quedado los tiempos en que los varilargueros, por sí mismos, por su propia pericia y fama, constituían aval suficiente para convocar a los públicos en las plazas. Si bien era cierto que un grupo reducido de aficionados todavía valoraba en su justa medida la importancia del picador, la época en que su labor era considerada como una parte esencial del espectáculo y una suerte con una trascendencia en sí misma, ya había pasado a la historia. Los espectadores en general y gran parte de la afición centraban su mirada, casi exclusivamente, en las evoluciones de los matadores, cuyos exponentes más destacados alcanzaban la gloria de la fama y de la veneración nacional. Ellos eran ya los verdaderos y únicos ídolos en una fiesta que tan arraigada se encontraba en todos los sectores de la sociedad.

Tal vez por todo ello, cuando El Sarmiento conoció la noticia no mostró atisbo alguno de satisfacción. Se limitó a comentar que esa ocurrencia del peto ya se había probado varias veces y que en todas las ocasiones el fracaso del experimento había resultado absoluto.

-En la corrida que celebraba la boda del rey en 1906 ya pretendieron ponerle petos a los caballos para que la reina Victoria Eugenia no se escandalizara al ver los animales muertos. Al final, tuvieron que convencerse de que la fiesta es así y que no existían motivos para cambiarla por mucha reina que viniese. Pero, por lo visto, los partidarios del peto no se quisieron enterar de nada y siguieron insistiendo. Hace ocho años, a propuesta de la Sociedad Protectora de Animales, se empeñaron en probar unos petos en una novillada

anunciada en Madrid. El resultado de la prueba fue de tal fracaso que desde entonces no se ha vuelto a hablar del asunto. Y ahora pasará lo mismo. Desde que se inventó la tauromaquia, hace ya varios siglos, los caballos han ido a pecho descubierto y así tendrá que seguir.-

-Pero convendrás, Sarmiento, que de esa forma se evitaría a los espectadores la visión de escenas desagradables. Con lo que, a la larga, acudiría más público a las plazas y la fiesta ya no sería tachada de bárbara y cruel por tantos sectores ajenos a ella-, le inquirió un miembro de la cuadrilla al que había sorprendido la respuesta del picador.

-¿Sabes lo que dice el artículo 61 del reglamento?... No, ¿verdad? pues te lo voy a decir: "cuando un caballo tenga las tripas colgando de un modo repugnante, se retirará el picador al patio para cambiarlo". Con esto y con la gabardina que ahora se han inventado para cubrir a los caballos muertos, el asunto de las visiones desagradables está más que solventado.- Poco a poco, el tono y ofuscación de El Sarmiento fueron subiendo grados y él mismo acrecentaba su exaltación:

- Además, te voy a decir una cosa, el que se alarme o se descomponga al contemplar las tripas de los caballos en la arena que no vaya a los toros. ¡Que se enteren de una vez que las corridas de toros han sido siempre así y así han de seguir!. ¡Aquí no hay modas de ecologías protectoras de animales ni filantropías absurdas que valgan! -

-Bueno, ese es su punto de vista, que yo respeto. Y en parte tiene usted razón. Pero lo que no entiendo es cómo puede estar en

desacuerdo con una medida que sólo pretende aportar más seguridad a los picadores.-

Estas palabras hirieron especialmente el amor propio de El Sarmiento, que, algo más enfurecido, replicó:

-¡Eso son monsergas! Los picadores no queremos más seguridad. Si nos hicimos picadores fue porque nos gustaba el riesgo y con el riesgo y la dificultad disfrutamos. El peto, que se lo pongan a las señoritas toreras si tienen miedo. Nosotros somos muy hombres, no tenemos miedo y no estamos dispuestos a que se dude de nuestra hombría.

-No, no, nadie duda de vuestra hombría. No se lo tome así. Pero sí es cierto que con los petos contaréis con más ventaja para ejecutar las suertes y así, mientras protegéis mejor a los caballos, podréis castigar a los toros con mayor facilidad.

-Yo no quiero ventajas de ningún tipo. En el toreo, el que actúe con ventajas es un tramposo porque todas las ventajas las tiene que tener el toro. Lo que hay que poseer es valor para sobreponerse a las dificultades y poderle a los toros. Y eso es lo que falta hoy, valor. Falta valor y sobra ese peto que queréis imponer.-

- No, yo no quiero imponer nada, maestro, no me malinterprete. También habría que considerar que los toros cada vez tienen más raza porque los ganaderos van afinando con mucho criterio la selección, por lo que la pérdida de caballos es ya muy considerable.

-Te equivocas, -contestó Sarmiento- si los caballos mueren hoy más que antes, que lo dudo, es por la sencilla razón de que se ha desvirtuado la suerte de varas. La integridad del caballo quedaría asegurada siempre que se ejecutase la suerte como mandan los

cánones. Si se volviera a picar como antiguamente, a caballo levantado y no a caballo parado como se hace ahora, ya verías cómo eran muy pocos los jacos que se sacrifican.-

-Pero se remonta usted casi a los orígenes de la fiesta. Los públicos actuales ni comprenderían ni aceptarían ese tipo de tauromaquia.-

-Ese es el gran error. Permitir que los que no saben de esto marquen el cauce por donde deba transcurrir el espectáculo. Además, no hace falta que retrocedamos tanto como tú dices. O no os acordáis del famoso picador Francisco Sevilla, que llegó a picar una corrida entera con media de seda y mantuvo a su caballo sin un rasguño.-

-Perdone usted, pero no lo recuerdo-

Un acalorado y desbordado Sarmiento prosiguió, – Claro que no lo recuerdas. Pues que no se te olvida lo que te voy a decir. Eso de que los toros de ahora matan más caballos que los de antes es una total falacia. Aquellos toros del siglo pasado sí que eran fuertes y poderosos. Yo mismo he visto cómo a algunos de ellos se les salían las habas por la boca de lo bien alimentados que los tenían. Pero no estaban gordos ni pasados de kilos sino vareados y musculados, como deben estar los toros. Esos toros mataban muchos más caballos que los actuales y provocaban tantas y tan descomunales caídas que raro era el picador que no acabara medio loco, de tantos golpetazos que se daban contra el suelo.-

Sarmiento mostraba una postura frontalmente contraria a la imposición del peto. Él tenía sus motivos, que consideraba inapelables y que nunca se cansaba de explicar. Consideraba que esa medida resquebrajaba la aureola épica que habían poseído los

picadores a lo largo de la historia de la tauromaquia y hasta sentía herido su amor propio por, así lo entendía él, dudarse de su arrojo y capacidad como jinete.

Hasta tal punto se erigió en adalid de los detractores de la pretendida norma que unos pocos compañeros que pensaban como él lo designaron asesor de Policarpo Sánchez "El Poli", presidente de la Unión de Picadores, para que le elevara sus particulares puntos de vista y pareceres en torno a tan candente tema. El Poli era otro enconado opositor del peto, de manera que ambos congeniaron muy bien y acordaron propuestas de mutuo acuerdo para presentarlas en la mesa de la recién creada Comisión para la reforma de la suerte de varas.

La primera medida que aprobó esta Comisión fue la de ordenar que los picadores salieran al ruedo una vez que el toro estuviera ya fijado y parado por los subalternos de a pie, con la comprensible intención de evitar los tremendos encontronazos que tanto el équido como el jinete sufrían cuando eran embestido con la violencia brutal de un toro recién salido de chiqueros. Medida que evitaría los escabrosos espectáculos, por desgracia tan frecuentes, de picadores lesionados y caballos despanzurrados. Una normativa que fue muy bien acogida por todos los sectores del toreo, incluso por la rama más intransigente y tradicionalista de los picadores. Aunque, a decir verdad, El Sarmiento la tomó como una imposición que tuvo que aceptar como tal, sin entusiasmo alguno. Consideraba que un buen picador se basta por sí mismo, con su destreza y su valentía, para detener a un toro que acabe de salir de toriles. Sin necesidad de apoyos auxiliares de infantería subalterna.

Durante varios meses se vivió con intensidad el debate abierto entre los profesionales y aficionados que se mostraban partidarios de la instauración del peto, por un lado, y los que opinaban todo lo contrario, por otro. Sin embargo, la balanza se decantaba por abrumadora mayoría del lado del primer grupo. Las razones eran tan obvias como contundentes. La suerte de varas, según el parecer de muchos espectadores, constituía una batalla cruel y descarnada en el que se infería un sufrimiento injustificado y evitable a los caballos. Además, las élites culturales de la sociedad, inmersas todavía en las secuelas de un regeneracionismo con cierto aire arbitrista, tan característico de los últimos años del siglo anterior, veían a la fiesta de los toros como un elemento que contribuía a difundir el mal nombre de España en el extranjero, una faceta más con la que ahondar en nuestra triste leyenda negra. Por tanto, cualquier medida que contribuyera a aliviar de sangre y de muerte el espectáculo sería bienvenida.

Pero los enemigos más poderosos con que habrían de pelear El Poli y El Sarmiento se encontraban mucho más cerca de ellos, los tenían en su propia casa. Porque se trataba, ni más ni menos, que de sus mismos jefes de filas, los matadores. Y contra ellos, la pelea estaría perdida de antemano porque los diestros famosos eran los únicos que arrastraban a las masas, llenaban las plazas y ostentaban todo el poder en la fiesta. En efecto, el gremio de toreros se posicionó desde un primer momento a favor de que los caballos de picar se protegieran con petos, ya que pensaban que de esta manera los toros podrían ser castigados con mayor contundencia y facilidad, lo que redundaría en su beneficio durante la faena de muleta. Eran

conscientes de que los nuevos públicos demandaban trasteos cada vez más largos con la franela y para eso necesitaban un toro que viniera ya convenientemente castigado y ahormado de su encuentro con el caballo. Lejos quedaban los tiempos en que los escuetos pases de muleta constituían un mero trámite con el fin de preparar al toro para la estocada. Ahora el último tercio es el objetivo principal de la lidia y en él se exige el lucimiento de los toreros. Y qué mejor manera para conseguir esto que proteger a la cabalgadura para que se pueda castigar con mayor solvencia al toro. Con la batalla perdida contra el grupo más poderoso de cuantos intervienen en el espectáculo, volvió su mirada El Sarmiento a un gremio del que estaba convencido de su incondicionalidad a favor de la causa, el de los ganaderos. Gremio que siempre se había caracterizado por su defensa de la integridad de los toros y en el que era costumbre medir el nivel del propio éxito según el número de caballos que sus astados mataban en cada corrida y de la cantidad de puyazos que recibían. La suerte de varas era, por excelencia, la suerte del toro, donde se medía su poderío y su casta, en la que los ganaderos observaban con mayor precisión la calidad de sus productos. Por tanto, toda modificación de las reglas del juego que se hiciera en detrimento de las ventajas con que siempre contó el toro en la pelea, encontraría el rechazo total, pensaba Sarmiento, de los ganaderos.

Convencido de recabar su expreso apoyo para evitar la implantación del peto en los caballos de los picadores, Curro Astorga "El Sarmiento" estableció contacto con lo más granado de los ganaderos, mucho de los cuales gozaban de su amistad, con el fin

de explicarles sus inquietudes y sondear las opiniones en torno al tema candente que tanto le preocupaba. Se desplazó a las fincas del Conde de Santa Coloma, del Marqués de Albaserrada, del prestigioso Duque de Veragua, de Don Felipe Salas, de Don José Aleas.

Tocado con un clásico sombrero de ala ancha, vestido y calzado a la señorial usanza campera, El Sarmiento era conducido a la finca de Don José por el trote elegante, firme y ceremonioso de su precioso caballo alazán. Cabalgaba sobre un hilo de albero que se diluía en la inmensidad de la esponja verde del campo. En esas calendas de días que ya se estiran, el sol, cada vez más nítido, embellecía de colores intensos las múltiples hectáreas de las dehesas, como epílogo de un invierno que languidece y anuncio de un equinoccio que ya alborea. Sobre la inmensidad de esos campos, bañados de luz y ebrios de clorofila, parecía motear, desde la distancia, una profusión dinámica de puntos negros, rojizos y blancos. Como ocurre cada primavera, la hermosura abrasadora del paisaje se erigía en bucólico decorado del esplendor y triunfo del toro bravo. Colgadas de una loma, vacas esquivas y recelosas oteaban con desdén el horizonte. Al fresco cobijo de la arboleda, erales inquietos y arrogantes se arremolinaban, nerviosos, junto al abrevadero. Y, cercano a los lentiscos, se adivinaba la armonía rotunda, la estampa lustrosa y cuajada de los cinqueños. Orgullosos y desafiantes, los poderosos monarcas de las dehesas pastaban ya, confiados, las que podían ser sus últimas hierbas en los cercados.

Tras pasado el umbral de la vieja finca, el mismo Don José García-Aleas se acercó presuroso a dar la bienvenida a su buen amigo Curro Astorga "El Sarmiento".

Fue una mañana azul. Del cielo limpio e intenso que reinaba en el exterior y de la mirada penetrante y clara del ganadero.

Impresionantes cabezas de toros disecadas, que aún mantenían una mirada aviesa y encendida, presidían el amplio salón del cortijo donde se detuvieron a dialogar mientras degustaban una copa de vino. Salón que rezumaba historia, leyenda y humedad. Una acumulación casi desordenada de caobas, dorados y terciopelos intentaba vestir de forzado lujo el rústico sabor del numeroso mobiliario.

Tras una cordial y relajada conversación en la que ambos expusieron sus propias hazañas, uno en calidad de criador de toros legendarios cuyas gestas nunca se cansaba de glosar y otro como consumado varilarguero para el que todas las suertes ejecutadas en su carrera lo habían sido con indiscutible maestría, El Sarmiento decidió abordar la cuestión:

-Ya conocerá usted la reforma que pretende implantar esa Comisión nombrada por el gobierno. Debemos unirnos y poner todos los medios a nuestro alcance para evitarla.-

-Comprendo tu inquietud -contestó Don José- pero la opinión pública y la propia deriva que ha tomado la fiesta en los últimos años nos han conducido a esto. La verdad es que veo el tema bastante difícil.-

Las palabras del insigne ganadero desactivaron en seco las desmedidas expectativas que El Sarmiento había depositado en ese

colectivo que, tal vez de forma ilusoria, tenía considerado como afín. Pero no se dio por vencido.

-Tenemos que funcionar como verdaderos aliados. Contra la unión de los ganaderos y los picadores no serán capaces de imponer el peto. Todavía poseemos demasiada fuerza en este espectáculo para que no quieran prestar atención a nuestro punto de vista.-

-Tal vez tengas razón, Sarmiento, pero el curso de los acontecimientos me hace ser pesimista. Cuánto me gustaría que lo proclamado por mi esperanza se impusiera al dictado de la propia experiencia. Pero por desgracia no es el caso, Sarmiento, no es el caso. Te voy a hacer una confesión: hemos llegado a un momento en que los ganaderos no tenemos tanta fuerza como antes. Es más, no tenemos casi ninguna. Cada vez contamos menos.-

-Pero cómo pude usted, un afamado ganadero con tan insignes antepasados, decir eso. Ustedes son los únicos que deben decidir en la fiesta porque representan a lo más importante que en ella existe, el toro. Sin toro no hay fiesta. De manera que, si ustedes quieren, seguirán teniendo la sartén por el mango.-

- En el siglo pasado sí que la tuvimos pero ya la hemos perdido. Y, mucho me temo, que definitivamente. Los que mandan ahora son los toreros, ellos marcan las pautas de la tauromaquia y al resto sólo nos queda obedecer. Hace más de veinte años nos ganaron la primera batalla y desde entonces nuestra opinión apenas si es tenida en cuenta.

-¿De qué batalla hablas?-, preguntó algo extrañado El Sarmiento.

-Los matadores impusieron su criterio sobre el orden de salida de los toros. Desde que se tienen noticias de celebraciones de

espectáculos taurinos, el orden de salida de las reses siempre las marcó el ganadero. Y en caso de lidiarse ejemplares de distintas vacadas se seguía un riguroso orden de antigüedad. Pero los toreros se empeñaron en introducir la celebración de un sorteo previo a las corridas y consiguieron que así se hiciera. A los ganaderos no se nos hizo caso, no se tuvo en cuenta nuestra opinión y sólo nos quedó la opción de acceder a sus pretensiones.

-No deberían de haber cedido ahí, Don José, les comieron demasiado terreno.

-Cierto es. Lo peor es que ese fue sólo el comienzo. Desde entonces nada más que hemos sufrido una derrota detrás de otra. La siguiente, de la que tú como buen picador que eres debes estar bien informado, consistió en la reforma de la puya. Cuando se estableció como reglamentario el modelo que solicitaban los toreros, una puya con encordelado recto, esa que tanto daño infringe a los toros y que os permite a los picadores castigarlos con más facilidad.-

-¡Si por mí fuera, picaría con la puya del siglo pasado, que fue con la que aprendí el oficio. Yo no necesito puyas más grandes para detener y castigar a los toros. Me basto con mi valor y mi capacidad!, - exclamó el veterano picador, algo exaltado, al interpretar que tal aseveración dejaba entrever que todos los varilargueros se beneficiaban del alivio que esa nueva puya suponía.

-No me entiendas mal, Sarmiento. Has demostrado en tu dilatada trayectoria que eres tan buen picador tanto con unas puyas como con otras. Ojalá todos los picadores fueran como tú. Pero esto no fue cosa vuestra, fue otra imposición de los toreros para que los toros se pudieran castigar con mayor solvencia. Porque la verdadera

pretensión de ellos, tanto en aquella reforma como en esta del peto que ahora quieren instaurar, consiste en disminuir el poder de sus enemigos con el único fin de poder andar por la cara de los toros con mayor facilidad. Ya lo advirtió mi padre en su momento, que vio con claridad los derroteros a los que se encaminaba la fiesta: "Señores, con la nueva puya van a desangrar a nuestros toros y ninguno de ellos va a tener poder". Y cuánta razón tenía.-

-De acuerdo, los toreros han ganado a los ganaderos las últimas batallas, pero aún están ustedes a tiempo de ganar la guerra. Este conflicto de los petos es fundamental para recuperar el terreno perdido. Hay que evitar su implantación a toda costa. Y no ya por ustedes los ganaderos o por nosotros los picadores sino por la propia fiesta. -

-La fiesta será lo que quieran los toreros.- Contestó con cierto aire de frialdad y de claudicación, un desengañado ganadero. Y el compungido picador, reflexionó en voz alta:

-Me pregunto qué será de la tauromaquia si toda la capacidad de decisión se deja en manos de los matadores. No quiero ni pensar qué tipo de corridas se darán dentro de algunas décadas si a ellos se les otorga la autoridad de elegir los toros y de marcar las pautas de la lidia. Llegará un momento en que sobraremos todos los demás, en que ganaderos, picadores y subalternos no seremos más que meros personajes anónimos al servicio de las figuritas con espadas.-

-Veo que lo vas entendiendo. Ahora quiero hacerte una confesión: - comentó Don José mientras reducía súbitamente el tono de voz, otorgando a la conversación un aire cómplice de confidencialidad-

tanto mi hermano como yo estamos decididos a desprendernos de la ganadería.-

-¡No puede ser! ¡Una vacada legendaria, un encaste tan singular, la encendida sangre jijona no puede desaparecer!-, explotó El Sarmiento ya casi fuera de sí.

-Criar al toro bravo es una labor preciosa en la que volcamos toda nuestra afición y mucho romanticismo pero es inviable económicamente. Sarmiento, esto es una ruina. Hace tiempo que las figuras de la torería dejaron de demandar nuestros toros. Antes, cuando los públicos les exigían que demostraran su arrojo, su capacidad lidiadora y su poderío, sí tenían protagonismo esos toros antiguos que derrochaban tanta casta, tanta fuerza, tanta aspereza, tanto poder. Pero ahora los toreros prefieren unos oponentes distintos, más dóciles, más francos, más suaves. Los encastes que se adecuen a esas exigencias serán los que tengan futuro en la fiesta, los demás desaparecerán sin remedio. Y lo peor es que la afición lo contempla todo impasible, lo consiente todo. Estoy decidido, arrojo la toalla. No hay nada que hacer.-

-Me entristecen mucho sus palabras. Espero que el tiempo no le dé nunca la razón.-

Apesadumbrado, cabizbajo y cariacontecido marchó El Sarmiento de la finca y el trote de su precioso alazán se diluía entre las brumas del anochecer.

El resultado de las entrevistas que celebró con los diversos ganaderos distó mucho de resultar satisfactorio. Ninguna cumplió un mínimo de las expectativas. Unos de manera más explícita, otros con ambiguas evasivas, todos vinieron a coincidir en que les

resultaba imposible luchar contra el curso de los tiempos y la sensibilidad imperante en los nuevos públicos. Si bien, y eso descorazonó en grado sumo las esperanzas de El Sarmiento, la causa fundamental que subyacía en la postura de los ganaderos no era más que la aceptación definitiva de su derrota frente al poderoso sector de los toreros. Una capitulación en toda regla que entregaba todo el poder de la fiesta a los intereses de los matadores, en detrimento de los demás sectores, incluido el de los propios criadores de bravo. Que, como ilustres representantes del elemento básico de la fiesta que fue el toro, siempre se los consideró como los auténticos líderes del espectáculo.

Un gélido desasosiego abrasó a El Sarmiento a la vuelta de sus expediciones a las dehesas. Ni los mismos ganaderos, que deberían velar por unas condiciones ventajosas para sus toros en la pelea, se sumaban a la causa. Aceptaban esa humillación de vestir a los caballos de picar con ese horrible faldón que llamaban peto. El futuro se angostaba.

Por si faltaban más valedores de la idea de cubrir a los jacos, a las autoridades, a los toreros, a la mayoría de los periodistas y de la afición, se sumaría pronto la recién creada Unión de Criadores de Toros de Lidia, tan dada que fue siempre a oponerse a cualquier aspecto de la lidia que pudiera repercutir en un detrimento del protagonismo del toro. Pero que en esta ocasión dio pronto su brazo a torcer. También se declaró favorable a la reforma propuesta de la suerte de varas.

Al gremio de picadores se le cerraba el círculo. No contaba con más apoyo que el de algunos aficionados nostálgicos de clásicas

tauromaquias. Pero ello no constituía óbice para que Curro Astorga "El Sarmiento" y Policarpo Sánchez "El Poli" mantuvieran firmes sus convicciones y hasta mostraran ciertas esperanzas en el éxito final de sus planteamientos.

Con la firmeza trágica de un soldado que ha de partir al campo de batalla para enfrentarse a un enemigo muy superior, El Sarmiento se daba ánimos a sí mismo y los insuflaba a su compañero:

-Poli, tenemos que dejar muy claro nuestro punto de vista a los de la Comisión. Deben de saber que antes que los toreros de a pie, los auténticos protagonistas de la fiesta fueron los de a caballo. Y nada más que por eso merecemos un respeto. Que se dejen de tantas reformas para dulcificar las cosas, que con ellas lo único que conseguirán será adulterar el espectáculo y convertirlo al final en un ballet de señoritas. La única reforma que apoyaríamos es la de que los picadores aprendieran mejor su oficio y tuvieran más pundonor. Sólo con esto, se reduciría el número de caballos muertos y quedaría todo resuelto. Además, ya hemos soportado la humillación de que no se nos permita salir al ruedo hasta que el toro haya sido parado y fijado por los subalternos, como si nosotros no tuviéramos las agallas ni la destreza requeridas para pararlos. Pero ya no podemos aceptar más humillaciones.-

-Dices toda la verdad. Estoy pensando que deberías de acompañarme en la recepción que nos ha concedido la Comisión. Los argumentos que a uno se les pasen, puede que al otro se le ocurran. Creo que los dos juntos formaríamos un dúo con un caudal de ideas difíciles de rebatir.-

-Te confieso que nunca he ido a una cita de esa trascendencia ni me gusta pavonearme con políticos. Su palabrería me confunde y su tono me aburre. Pero si tú me lo pides, cuenta conmigo, Poli. La importancia del asunto bien merece una excepción.-

Encajada su generosa anatomía en la incomodidad de un impoluto traje de chaqueta, tal como la solemnidad de la cita requería, acudió El Poli a la entrevista con el presidente de la Comisión para la reforma de la suerte de varas, que de manera tan diligente fuera designada por el general Miguel Primo de Rivera. La serenidad reflejada por su circular y apapado rostro, que parecía emerger del tronco de manera súbita ante la mínima longitud de su cuello, desprendía la seguridad del que se halla en posesión de irrefutables planteamientos. Junto a él aparecía El Sarmiento, vestido para la ocasión con una chaqueta abierta de pana negra, tras la que se adivinaba una camisa blanca abotonada hasta el último ojal. Cuidada indumentaria de paisano que otorgaba a su espigado y robusto porte un aire de irreprochable elegancia.

Como dos personajes extraviados de su medio, como dos figuras confundidas de contexto, como nuevos Quijote y Sancho que intentaran derribar gigantes inexpugnables, así arribaron los dos carismáticos picadores al edificio del ministerio. Tras ser conducidos por el secretario de la Comisión por un laberinto de oscuros pasillos, permanecieron sentados en una fría sala a la espera de que fueran llamados para la entrevista.

-Tranquilo, Sarmiento, ya verás cómo nos entienden y paralizamos esta reforma.-

- Seguro que sí, Poli, no tendrán más remedio que hacerlo. Si algo les interesa la fiesta, se convencerán de que nos asiste la razón.-

Transcurridos unos minutos volvió a aparecer en la sala el joven e inexpresivo secretario. Deslizó una mirada escrutadora a ambos e implacable preguntó: -¿Cuál de los dos es el señor Don Policarpo Sánchez, presidente, a la sazón, de la Unión de Picadores?-

El Poli dio un respingo de la silla y diligente contestó: -Un servidor-

-Pues haga usted el favor de acompañarme, el señor presidente de la Comisión le espera-

-Pero yo vengo con mi compañero y nos gustaría pasar a los dos.-

Inquirió sorprendido El Poli.

-El señor presidente de la Comisión ha manifestado que sólo recibirá al señor presidente de la Unión de Picadores.-

Era imposible entenderse. Con la cínica y distante frialdad de la Administración habían topado estos dos varilargueros cuya ética y modales tan alejadas estaban de ese trato hostil y despersonalizado. Así que El Poli accedió al despacho donde le esperaba el presidente de la Comisión mientras su acompañante permaneció aguardándole en la sala.

Aunque a él le parecieran muchos más, debido al agitado estado de ánimo en que se encontraba, invadido de inquietud e incertidumbre, sólo serían unos veinte minutos el tiempo que estuvo El Sarmiento a la espera de su amigo. Pasado ese rato apareció El Poli, cuyo semblante traslucía una preocupante seriedad. Sin pronunciar aún palabra alguna, la expresión de su mirada denotaba que la decepción había resultado absoluta.

-Sarmiento, no hay nada que hacer. Hemos perdido la batalla.

-¿Qué ha ocurrido, no has podido explicar los argumentos, no te ha entendido?

-Sí, he expuesto todos los puntos con detenimiento. Pero no ha servido de nada. Me da la impresión de que no le interesaba lo que le dijera. Es más, me da la impresión de que no le interesa nada la fiesta. Tenía muy claro lo que pretendía y parecía no atender a otras razones. Además, y eso me desconcertó por completo, me ha replicado con cifras, Sarmiento, con números y estadísticas y frente a eso no íbamos preparados.

-Pero, ¿de qué números hablas, Poli, qué cifras son esas?

-Que no hay caballos, Sarmiento. Que la cantidad de caballos que se sacrifican en la fiesta es tan exagerada que ya no se puede asumir.-

-Pero eso no es así. Tú y yo sabemos que hoy mueren en las plazas muchos menos caballos que antes.- Replicó indignado el veterano picador.

-Eso mismo le dije yo. ¿Y sabes que me contestó? Que sí, que era cierto, tan cierto como que el número de festejos se ha multiplicado de tal manera que al cabo de una temporada vienen a morir unos seis mil caballos en las plazas.-

-Esa cantidad se puede reponer sin dificultad.-Aseveró con rotunda seguridad en lo que decía El Sarmiento.

-No Sarmiento, no. Ese es el problema, que ya no se crían caballos al mismo ritmo que antes.-Contestó con aire de resignación El Poli, quien prosiguió en su intento de transmitir lo que le acababan de explicar-El mundo se ha mecanizado o, al menos, esa es la tendencia, de la que están convencidos. Y eso supone que ya no sean requeridos los caballos con la abundancia de antaño. Ya no

hace falta criar tantos caballos, ni para el ejército ni para ni para las labores agrarias, ni siquiera para el transporte. Todo funciona ya a base de motores. No se te olvide, Sarmiento, los motores son los que marcarán el ritmo del futuro. Los que hemos dedicado toda nuestra vida a tratar con animales tenemos poco que hacer.-

Sarmiento quedó unos segundos pensativo, absorto, como abatido por unos planteamientos que no esperaba. El Poli aprovechó ese silencio para poner la puntilla a su exposición:

-Ese es el verdadero motivo por el que están empeñados en imponer el peto. Todo lo demás que se hable sólo sirve para distraer la atención o marear la perdiz. Así que, o protegemos nuestros caballos o nos quedamos sin picar, Sarmiento-.

Alea jacta est. La suerte estaba echada para estos picadores de viejo cuño, últimos románticos de una tauromaquia que ya había dejado de existir. El futuro se angostaba para El Sarmiento.

Circunspecto en su soledad, miró sus manos recias y morenas, encallecidas tras toda una vida entregada a su profesión, pensó en sus alforjas repletas de triunfos y en su amplio bagaje de hazañas consumadas que le habían proporcionado la impagable recompensa del respeto y del cariño de la afición. Tras echar la vista atrás y asomarse al incierto balcón del porvenir, Curro Astorga "El Sarmiento" cayó en la cuenta de que no le quedaban ni ganas ni fuerzas para pasar un nuevo Rubicón. Lo acababa de decidir, haría un discreto mutis por el foro, se retiraba.

A pesar de presumir de un envidiable vigor físico para su edad y de sobrarle aún ganas e ilusión para continuar en la brecha, no estaba dispuesto a transigir con las nuevas modas que le imponían, no se

sentía capacitado para soportar la lacerante humillación de vestir a sus caballos con ese horrendo traje protector que llamaban peto. Amparados en él, los picadores ya no necesitarían erigirse en consumados jinetes ni se verían obligados a conocer la técnica de la profesión al dedillo. Pronto llegará el día, pensaba, que baste con montarse a lomos de un caballo para masacrar a los toros con impunidad. No le gustaba a Sarmiento la fiesta que intuía, en la que su elemento fundamental, el toro, perdería todo su prestigio legendario de animal terrorífico, ya no mataría caballos, ya no sembraría los ruidos de muerte y pavor. De desempeñar durante siglos el papel principal de temido verdugo, pasaría a asumir otro muy distinto, secundario, el de víctima necesaria.

Se marchaba Sarmiento. Y lo hacía por el respeto que le debía al que, durante toda su vida, constituyó su oficio. Y por el respeto que también le merecían todos aquellos compañeros que entregaron su vida, su sangre y su salud en el intento de ejecutar las suertes con pureza y verdad, aquellos que lo arriesgaban todo con el único fin de cubrir el espectáculo de grandeza y dignidad. Se marchaba Sarmiento y se iba con él una forma romántica, ya caduca, de vivir la tauromaquia, de interpretar la fiesta, de entender la vida.

Cuando en la temporada siguiente presenciaba su primera corrida como espectador, un cúmulo de recuerdos se agolparon en su mente, un sin fin de vivencias martillearon su pensamiento. Sentía cómo el gélido latir de la nostalgia atravesaba de hielo su alma. De forma casi instintiva, fijó su mirada en el varilarguero, que cabalgaba sereno sobre un jamelgo con peto. Y el temblor de los

alamares de su áurica chaquetilla le pareció un aleteo, un guiño al pasado dorado y épico de los antiguos picadores.

FIN

